

metrópolis

de los que escriben para decir algo.

1



Croquis, por Guillermo facio Hebequer



Mientras el país sufre una de sus grandes crisis políticas, sociales y morales, "los artistas" realizan la "fiesta de las artes". Después quieren estos "artistas" que el pueblo no los desprecie.

mejor poco y bueno...

~ medias de Paris
~ sedas de Paris

establecimientos
LAPPAS
hermanos

santa fe, novecientos
cuarenta y cinco.

TELEFONO: 41
CERO, DOS,
DOS, CERO.

metrópolis

acotaciones



NECROLOGIA LITERARIA.—

Hay quienes escriben para beneficio de la humanidad y hay quienes escriben para conseguir un empleo.

Casi todos los Literatos de "Florida" escribían, —¡santo cielo!— para conseguir un puestito.

Y apenas tuvieron la colocación, cumplido el objeto de su arte, abandonaron la literatura.

Digamos entre paréntesis, que para bien de todos. Pero, es bueno consignarlo como ejemplo.

¿Recordáis aquel temerario poeta rubendariano de Florida, el insigne Evar Méndez? Es jefe de una oficina de Impuestos Internos, tiene un sueldito pasable y ya no escribe más versos.

Otro guerrillero narcisista, Ernesto Palacio, ex-anarquista, pseudo-revolucionario, es secretario de no sabemos qué intervención y ya no escribe más macanas. ¿Recordáis a Jacobo Fijman —otro converso por snobismo— autor de un libro de pavaditas? Ya no volverá a escribir: es secretario del secretario de un secretario del gobierno.

Y no sería nada difícil que tuviese influencia para meternos presos. En fin, nosotros queremos decir que por muchos libros que se publiquen, cuando no hay sincera vocación artística, con los primeros pesos malganados, el arte se lo lleva el diablo.



LA POLITICA.—

Con motivo de las próximas elecciones, empieza a agitarse el avispero de la política.

Conservadores y socialistas, reaccionarios y extremistas, todos acuden presurosos a progonar las mágicas virtudes del credo que sostienen. Se habla desembozadamente. Yo, dice uno, haré un gobierno honesto. No necesito



robar, porque tengo una gran fortuna. (Podía haber agregado: ya he robado bastante). Yo, dice otro, no pienso más que en el bien de la patria. (Debió añadir: el bien de la patria es que nosotros tengamos el poder para "usufructuarlo").

Alguno con más sombrero que cabeza asegura que hay buena política y mala política, y refrena su impaciencia, pues toda su mezquindad está gritando: Vótenme, que quiero ser diputado.

Política, hoy y aquí, es una mala palabra.

Las agrupaciones que sostienen ideales, como por ejemplo el Partido Socialista, deberían substituir la palabra política por otra nueva y limpia.

Claro está, después de haber hecho una limpieza con todos los que quieren conciliar, con "nobles propósitos", la política y los ideales.

2

LOS GRINGOS DEL TEATRO NACIONAL.—

Sébase que el "teatro nacional" está aquí sostenido principalmente por un italiano. El italiano ha inaugurado su XVIII temporada de "teatro nacional" y la prensa de todo el país se ha estremecido.

Los dos diarios más importantes del país le han dedicado sendas columnas a las obras estrenadas y al coro que canta "Ya no canta el chingolo".

Digamos con verdad que resulta poco edificante que un diario serio registre en sus páginas noticias del estreno de "Joarda numiro etc.", de "Milonga", de "La borrachera del tango", etc., pero es desconcertante que haya críticos que dediquen dos columnas de un diario importante a comentar esas manifestaciones de una mentalidad inferior.

Pero, por otra parte, ¿qué se puede esperar del crítico Viale Paz si es a la vez salmetero y escribe esas "cositas" sin pretensiones que producen unos pesos? Y si el crítico Romay no escribiera dos sesudas columnas sobre "El joar-da numiro setenta y coatro", ¿cómo justificaría su empleo?

Claro está que el haber hecho derroche de ingenio en el comentario de Pepe Arias y Ernesto Marsili no le impide luego juzgar a Moisi y Shakespeare juntos.

En fin, el señor Viale Paz seguirá estrenando sus "cositas" y el señor Romay seguirá haciendo el crítico, pero, ¿podrán justificar alguna vez su falta de valentía, de independencia y de inteligencia?



JOAQUIN PEREZ FERNANDEZ
Actor-Bailarin de TEATRO DEL PUEBLO

PALAZZOLO—

O ctavio Palazzolo ha escrito para "Máscaras", un artículo titulado "Valoricémonos". No sabemos bien qué es lo que quiere decir en forma enfática y pedante, pero, en cambio, hemos visto que el señor Palazzolo es un fresco. No nos venga a nosotros con actitudes de crítico transcendental porque también él ha contribuido a rebajar el nivel artístico de nuestro teatro.

¿Qué hizo el señor Palazzolo cuando era director artístico, "con sueldo", del Sarmiento? Hizo teatro para botarates, y se disculpó diciendo que el empresario no le dejaba hacer buen teatro. ¿Qué hizo cuando se le presentó la ocasión de dirigir Teatro libre, teniendo el dinero suficiente para montar una obra y el apoyo incondicional de un grupo de artistas?

Hizo la pose de crítico transcendental y logró una hermosa tentativa.

En fin, "valoricémonos". Pero, nada más que esto.



DISCEPOLO.—

O tro salvador del teatro nacional, a base de jarabe de pico, es el genial Armando Discépolo.

Primero quería salvar el teatro nacional con Arata.

Pidió obras a tres o cuatro autores decentes que cayeron en el lazo y empezó estrenando "Pasajeros de lujo", de un señor Insausti.

Se explicó, diciendo:

—A estos les estreno para que se convenzan de que no tienen nada en el mate.

Esto es rigurosamente histórico.

Como Vaccarezza no le entregaba la obra prometida, no pudo salvar al teatro nacional, de modo que consiguió más dinero y se propuso salvar el teatro extranjero. Para explicar su orientación, el día del estreno, salió al escenario, abrió los brazos, se hizo el Cristo y exclamó:

—Me han dejado solo.

Pero el público se dió cuenta de que Discépolo, después de estrenar sus obras, no le iba a estrenar ni a María Santísima.

Y hubo algún jaleo.

EL CHACARERO Y EL AUTOMÓVIL.—

Los magnates de la Bolsa de Cereales han descubierto que la miseria del campesino se debe a que el chacarero tiene automóvil.

El automóvil, dicen, predispone a pasear; para pasear se requiere ropa nueva y vienen los gastos superfluos y el lujo, y detrás, la miseria.

Tiempos buenos, indudablemente, eran aquellos en que el campesino vivía embrutecido en su rancho y levantaba el cereal por nada, para que los hurones de la Bolsa de Cereales, extranjeros en su mayoría, hiciesen caminar sus automóviles con la sangre del trabajador de la tierra.



LA CRITICA Y NOSOTROS.—

La crítica es un puesto de avanzada y aquí los críticos han envejecido en sus puestos. Las nuevas generaciones del arte se suceden, pero los críticos han permanecido en sus puestos.

¿Y cómo es posible admitir que críticos de viejas ideas juzguen a artistas de ideas nuevas?

¿Cómo es posible admitir, por otra parte, que el crítico que juzga a García Velloso o a Vaccarezza o a Payva, escriba luego sobre Martínez Estrada o Mariani?





Elogio de Ramón Doll

La aparición del crítico Ramón Doll está tomando visos de ser un acontecimiento de importancia para la literatura argentina. Hasta ahora, ésta no ha tenido un crítico. Algunos se iniciaron con dotes, cultura y voluntad de ejercer oficio tan rascoso. Abandonaron. A Giusti que fué quien más tiempo y seriedad dedicara a la crítica y devorado por el agua turbia de la política, puede considerársele ya como un fracasado. Se atemperó: Lo peor que puede ocurrirle a un crítico, porque atemperarse es dormir. Y nadie como el crítico precisa estar más de pie y en vigilia. Los demás, casi todos, en esta tierra de improvisadores, hemos hecho crítica. Unos con más buenos propósitos de hacer justicia que condiciones, otros, la gran mayoría, con el único y bajo deseo de adular.

Pertenecemos a los primeros, los escritores de la última generación literaria, sean de uno u otro bando, porque en **Claridad** o en **Martín Fierro** se hallarán las críticas más independientes que se han escrito entre nosotros. No todos los "jóvenes" de *Claridad* ni de *Martín Fierro* adoptaron tal actitud ni persistieron en ella; pero Mariani, Soto, Castelnuovo, Vignale, Barletta (e anch' ío) han escrito sobre la mala obra ajena con una sinceridad a la que no nos tenían acostumbrados los de las generaciones anteriores. Por lo común,—exceptuamos a José Gabriel y Nicolás Coronado—éstos vivieron en un perpetuo idilio, repugnante de hipocresía. Se habla de anhelo de comprensión. ¡No!: Hipocresía, pura hipocresía, y nada más. Tomemos la colección de **Nosotros**, hoja literaria de nuestros inmediatos antecesores, hojeemos su bibliografía. ¿Qué encontramos? Alabanzas, deseos de quedar bien, aduloneras al "consagrado", el influyente, aunque éste sea ministro de Irigoyen... y literato. (Oyhanarte o Pérez Colman...) De tarde en tarde, una página justiciera; pero obra puramente personal, transitoria y que detona dentro del ambiente de la época: chirle, convencional, almibarado. ¡Qué excesiva buena educación!

Llega Doll. Lo primero que de él leo en **Nosotros** es una arremetida contra **Don Segundo Sombra** (buen libro), cuando en todas partes sólo se oían diti-rambos (que compartía Zogoíbi, la mediocrísima novela del empingorotado Larreta.) Doll dijo algunas verdades no literarias sobre *Don Segundo Sombra*. Vió donde nadie vió lo que nadie vió. Desde entonces ha seguido siempre y diciéndonoslo con serena valentía. Por ejemplo: Que Groussac, falso incomprendido, paradigma de literato presupuestivo que pasó su vida adulando politiqueros; no es el Maestro que las generaciones anteriores a la nuestra nos han querido presentar. Por ejemplo: Que Gálvez es un novelista sin médula. Por ejemplo: Que la "gloriosa" conquista del desierto, hecha por los argentinos, fué tan cruel como la hecha por los españoles algunos siglos antes. Por ejemplo: Que casi toda nuestra literatura femenina es una vergüenza erótica. Por ejemplo: Que Lugones, cuando se mete a profeta, desbarra... y cuando no se mete a profeta, también desbarra...

Y muchas cosas más. Algunas ya la sabíamos; pero a las que nos regoci-

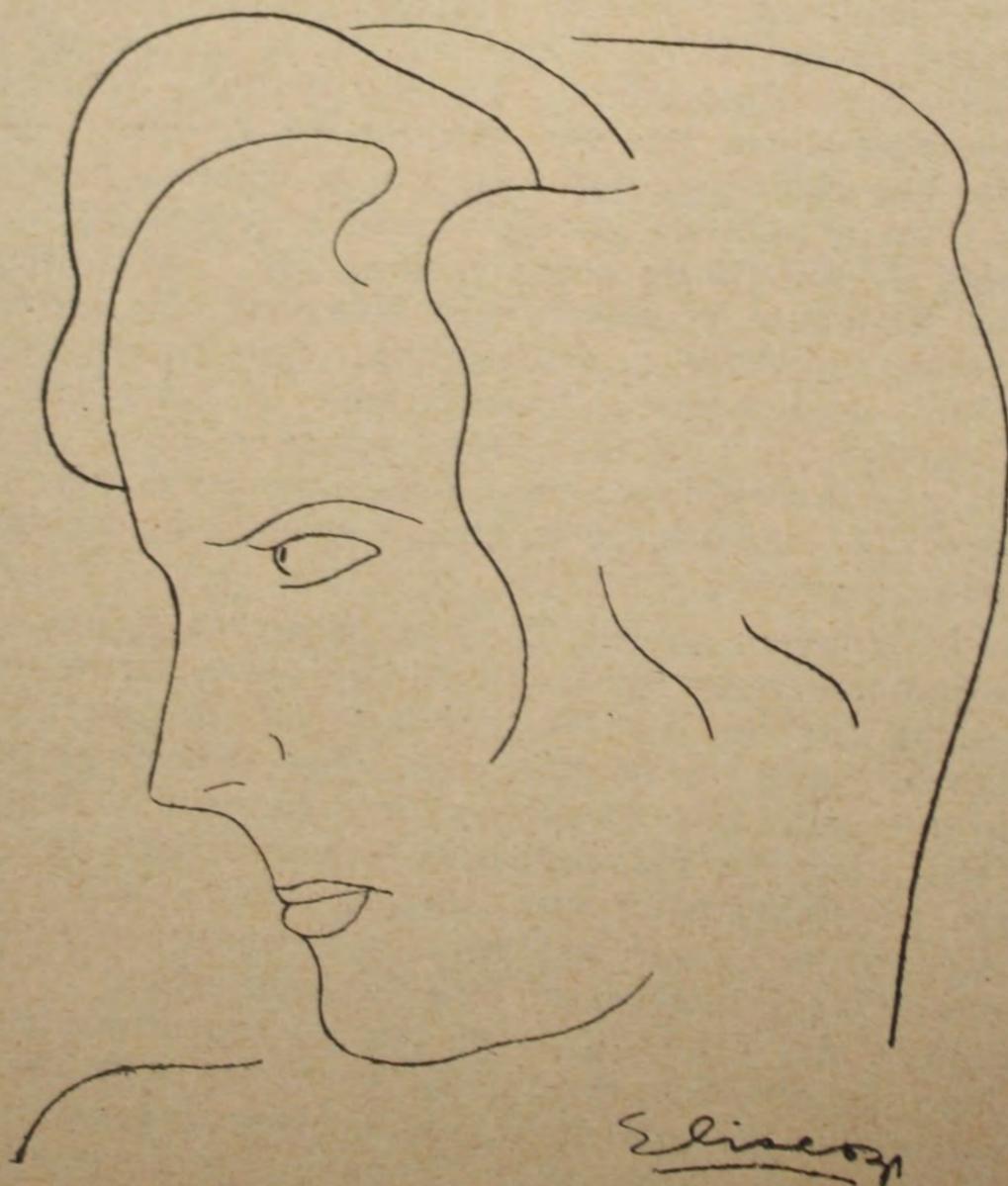
ja ver en letras de molde, corriendo mundo, para ser leídas de los bobos y de los pillos que las ignoraban o fingían ignorarlas.

Hasta ahora, Doll ha producido una obra fragmentaria y dispersa. Le llegará, si continúa por la buena senda de sinceridad emprendida con tan firme paso, el momento de realizar una labor de conjunto, una obra orgánica, no sólo de revisión de valores, sino entre los modernos, porque lo más excelente de la literatura argentina, es moderno. ¿Quién ha estudiado a Eduardo Wilde o a Horacio Quiroga como éstos se lo merecen?

Dos peligros amenazan a Doll crítico: Uno—ya salvado—la política, de la que se alejó como militante. El otro está aún en su camino. Es este: Que dejándose llevar por su naturaleza generosamente apasionada, por su romántico temperamento combativo; no sea con justeza en la obra de sus contemporáneos—muchos de ellos amigos—, y se exceda en el elogio. Si alguien merece un crítico fuerte, un control severo, es nuestra generación: caótica y guerrillera. Pues, si un crítico quiere hacer obra de verdadera fertilidad, ha de hacerla—como el artista creador—arrancándola del momento vivido, del instante actual, siempre denso de pasiones y coloreado por las emociones que él mismo vive.

A Doll, nada esteta, hombre pleno de preocupaciones ideológicas, le ha tocado vivir una hora bien sugestiva. ¿Sabrá vivirla? Es decir, ¿sabrá verla como crítico en la obra de los demás—amigos y enemigos? Hasta ahora, todo hace suponer que sí. Por lo realizado, merece nuestro elogio. Para bien de nuestra literatura, ¡que siga mereciéndolo! En sus libros **Ensayos y Críticos** y **Crítica**, se encontrarán recias páginas, en las que se evidencia un anhelo de decir la verdad, una talla moral que no existe en nuestra crítica: doméstica y anónima en los diarios grandes; servil, cuando es firmada por los arrivistas literarios.

Alvaro YUNQUE.



AMELIA DIAZ DE KORN — Actriz de TEATRO DEL PUEBLO



Consideraciones sobre el Teatro del Pueblo



Tenemos alguna literatura, alguna pintura y escultura y hasta alguna música; pero no tenemos teatro argentino.

Lo poco de bueno que hay aquí, es material de museo, cosa del pasado que sólo puede interesarnos en ese sentido y que huele a sebo de velorio.

Hay también otro teatro muerto, a pesar de que se construye en los días que corren; es el que mueve viejas ideas y prejuicios: un teatro para una burguesía pusilánime, que todavía no ha abierto los ojos a la verdad y a la belleza.

Viene, después, el teatro de los botarates, que es en la actualidad el mejor servido y el que cuenta con más adeptos. Con este teatro al margen del arte, vive una cantidad de gente que nada tiene que ver ni con el teatro ni con el arte.

Alrededor de este espectáculo vacío e inocuo se agitan innumerables pasiones e intereses. La vanidad, el vicio, la frivolidad, son las cualidades sobresalientes de este género.



LA CRITICA PROFESIONAL

En Europa, todo crítico de arte, dispone, generalmente, de un nombre.

Aquí, en cambio, apenas dispone de un diario o de una revista. Es, por lo regular, un escriba desconocido y anónimo que vive enterrado como un sapo en la cueva de algún rotativo célebre, a quien se teme, sin embargo, no porque hable con claridad y piense con altura, sino más bien, porque estornuda fuerte y requetescepe largo...

Más que la opinión fundamental del crítico, se teme, aquí la inflamación de su garganta. El veneno de su grippé intestinal o la metralla de su catarro. Nadie espera nunca de la crítica un consejo atinado y juicioso. Ni espera tampoco recibir una lección saludable. Lo que espera todo el mundo, eso sí, es recoger una alabanza untuosa o recibir una paliza.

Me refiero, desde luego, a la crítica profesional. No, a la crítica considerada como un arte o una ciencia, tal cual hacía Hipólito Taine en su tiempo, y, en esta época, Stefan Zweig.

Porque la crítica se hace por necesidad estética y se hace, también, por necesidad patológica.

Cuando un pintor, fracasa, en nuestro medio, como pintor, se convierte en crítico de pintura. Otro tanto le ocurre a un literato cuando fracasa como literato. Lo mismo acaece con un autor teatral.

Por manera, que en vez de dedicarse a ella, aquel que en ella encuentra su

ja ver en letras de molde, corriendo mundo, para ser leídas de los bobos y de los pillos que las ignoraban o fingían ignorarlas.

Hasta ahora, Doll ha producido una obra fragmentaria y dispersa. Le llegará, si continúa por la buena senda de sinceridad emprendida con tan firme paso, el momento de realizar una labor de conjunto, una obra orgánica, no sólo de revisión de valores, sino entre los modernos, porque lo más excelente de la literatura argentina, es moderno. ¿Quién ha estudiado a Eduardo Wilde o a Horacio Quiroga como éstos se lo merecen?

Dos peligros amenazan a Doll crítico: Uno—ya salvado—la política, de la que se alejó como militante. El otro está aún en su camino. Es este: Que dejándose llevar por su naturaleza generosamente apasionada, por su romántico temperamento combativo; no sea con justeza en la obra de sus contemporáneos—muchos de ellos amigos—, y se exceda en el elogio. Si alguien merece un crítico fuerte, un control severo, es nuestra generación: caótica y guerrillera. Pues, si un crítico quiere hacer obra de verdadera fertilidad, ha de hacerla—como el artista creador—arrancándola del momento vívido, del instante actual, siempre denso de pasiones y coloreado por las emociones que él mismo vive.

A Doll, nada esteta, hombre pleno de preocupaciones ideológicas, le ha tocado vivir una hora bien sugestiva. ¿Sabrá vivirla? Es decir, ¿sabrá verla como crítico en la obra de los demás—amigos y enemigos? Hasta ahora, todo hace suponer que sí. Por lo realizado, merece nuestro elogio. Para bien de nuestra literatura, ¡que siga mereciéndolo! En sus libros **Ensayos y Críticos** y **Crítica**, se encontrarán recias páginas, en las que se evidencia un anhelo de decir la verdad, una talla moral que no existe en nuestra crítica: doméstica y anónima en los diarios grandes; servil, cuando es firmada por los arrivistas literarios.

Alvaro YUNQUE.

co, salir de aprietos. Al contrario, desembocan, raras veces, en un camino
lida. Si el público se limitara a leer un solo diario, mal o bien, se orientaría. Pero, el público, como el autor, tiene la maldita costumbre de leerse todos los diarios, de modo que en vez de desenredar la madeja de su juicio, termina por embrollarla completamente. Se hace un nudo gordiano en la mollera. El público, al final de cuentas, igual que el autor, llega a saber que no sabe nada y que de nada sabe un pito. El único que sabe es el crítico.

La ignorancia se parapeta siempre detrás de la sabiduría y el desequilibrio, detrás de la orientación. No hay gente que tome más a pecho la orientación del mundo que la gente desorientada.

Afortunadamente, por más que ladre la jauría, la caravana continúa su marcha.

Y la crítica profesional que se ha concretado sistemáticamente a desacreditar el arte consiguió tan solo desacreditarse a sí misma, porque ni el autor, ni el espectador, ni el lector, la tienen en cuenta.

La crítica ha dejado de ser un magisterio de cultura, debido a que considera todo, menos, precisamente, la cultura. Desvió su punto de mira y perdió su objeto.

Se lee un juicio hoy con la misma aprensión que se lee un aviso comercial. Pensando ordinariamente lo contrario de lo que allí se dice.

Más que falta de dignidad, lo que se registra, aquí, es falta de inteligencia. Esta generación ha producido una tanda de escritores buenos y honestos. Quizás produzca, también, otra tanda de críticos honestos y buenos, de los cuales por el momento carecemos.

Si todo cambia, la crítica profesional, la única crítica que aquí se hace, algún día cambiará...

Cuando se desasnen los asnos, posiblemente, no habrá más asnos sobre la tierra...

Elías CASTELNUOVO.



Consideraciones sobre el Teatro del Pueblo



Tenemos alguna literatura, alguna pintura y escultura y hasta alguna música; pero no tenemos teatro argentino.

Lo poco de bueno que hay aquí, es material de museo, cosa del pasado que sólo puede interesarnos en ese sentido y que huele a sebo de velorio.

Hay también otro teatro muerto, a pesar de que se construye en los días que corren; es el que mueve viejas ideas y prejuicios: un teatro para una burguesía pusilánime, que todavía no ha abierto los ojos a la verdad y a la belleza.

Viene, después, el teatro de los botarates, que es en la actualidad el mejor servido y el que cuenta con más adeptos. Con este teatro al margen del arte, vive una cantidad de gente que nada tiene que ver ni con el teatro ni con el arte.

Alrededor de este espectáculo vacuo e inocuo se agitan innumerables pasiones e intereses. La vanidad, el vicio, la frivolidad, son las cualidades sobresalientes de este género.

Los empresarios de este teatro, que atrasa la cultura de nuestro pueblo en cincuenta años, son excelentes comerciantes, sin pizca de amor ni de entendimiento por la escena, que lo mismo hubiesen invertido su dinero en una empresa de pompas fúnebres, si hubiesen calculado que iban a rebañar un buen tanto por ciento.

Los que escriben este teatro son casi en su mayoría semianalfabetos, que miran el teatro como una industria y no como un arte. A estos no los podemos considerar. Si se les diese dinero para vivir con holgura el teatro los perdería para siempre. Están al margen de toda consideración.

Debe procederse con ellos ni más ni menos que con los adulteradores de artículos alimenticios. Es una cuestión de salud pública que compete a la autoridad municipal, y si no se puede evitar este espectáculo bárbaro, débese limitarlo con impuestos crecidos, como en el caso de los prostibulos. Digo esto, con toda seriedad, compenetrado hondamente del perjuicio moral, que ese teatro, que aquí se ha dado en llamar injustamente "nacional", acarrea al pueblo. Y no creo que haya quien sinceramente niegue que el teatro como industria es una forma de prostitución artística, con toda la secuela de indignidades que comporta semejante condición.

Naturalmente, este proxenetismo artístico, que se viste de lujo, apareja el proxenetismo social, en las tablas y fuera de ellas. A esta porquería creo que se le llama "la farándula". Pero, sin ideales, ¿qué otra cosa se puede hacer?

Desgraciadamente, tanto dinero puesto en juego, ha complicado a la prensa y ha surgido el "crítico". El "crítico" es casi siempre un autor mediocre o fracasado. Es de la "farándula". Para juzgar debe tener en cuenta la potencialidad financiera del empresario, sus intereses particulares, su amistad con los autores

y su relación con los capocómicos. Si, después de esto queda todavía un margen para deslizar una observación, no tiene capacidad crítica para hacerla.

Se le teme porque a falta de autoridad intelectual que lo respalde se apoya en la autoridad del diario que lo cobija.

De resultas de este estado de cosas no hay teatro de arte, sino industria del teatro, admirablemente organizada por autores, actores y empresarios. De ahí que en muchos casos, hasta el empresario cocoliche se erige en director y en censor literario.

En fin, desde que "el negocio teatral" no es negocio, el empresario cocoliche se ha dicho:

—A esto hay que ponerle un poco de arte. — Pero ha tropezado con un serio obstáculo: los autores y actores, escenógrafos y críticos de su teatro, nada tienen que ver con el arte. Y los productores de arte del ambiente, los que hacen la cultura del país, nada tienen que ver tampoco con el teatro nacional y sus representantes.

Para ese teatro de arte que se ambiciona, hemos contribuido fundando Teatro del Pueblo. Puede ser el peldaño inicial para alcanzar lo que se desea. Teatro del Pueblo cuenta con una modesta compañía de actores en formación, y cuyas visibles fallas escénicas, son virtudes de una manera nueva de encarar el teatro, despojada del amaneramiento escénico. La pureza y la idealidad de estos actores los hace muy superiores a los conchabados del teatro oficial.

Teatro del Pueblo cuenta con un repertorio de autores literatos que alcanza hoy a 25 piezas selectas, cosa que no ha podido ni soñar siquiera ninguno de los directores a sueldo del teatro oficial. Y obsérvese que no se admiten las piezas de los autores que hayan explotado el teatro nacional.

A pesar de la pobreza inicial de nuestra presentación, contribuirán a realzar la calidad de las decoraciones un núcleo de dibujantes y pintores de primera fila. Finalmente, debemos anotar el concurso de los compositores jóvenes del país, que completarán nuestra obra.

La suerte está echada. La iniciativa ya no puede malograrse ni por la maledicencia, ni por el ataque de aquellos a quienes se desplaza. No puede fracasar por falta de capital, puesto que nunca se ha pensado que el dinero pueda ser la base de una empresa de esta naturaleza. No puede fracasar por falta de público, porque si el público que está enviciado y relajado por años y años de teatro innoble, no viene a nuestras funciones, nosotros no lo vamos a esperar agitando una campanilla, sino que saldremos con nuestra compañía a buscarlo, a desentumecerlo, a guiarlo en medio de su terrible miopía, para que se oriente hacia espectáculos, más sencillos, sí, más pobres, también, pero de elevación espiritual y artística.

Leonidas BARLETTA.

aventuras de cacatúa--

noche de estreno



música



Sobre Ricardo Viñes

La modorra veraniega imponía condiciones harto divagatorias. Horas de siesta, sensaciones dispersas permanecían como arrumbadas en el polvo grisáceo proyectado en uno de los ángulos del cuarto. Pero en el espacio virgen de la ventana, borrosa en principio, concretando luego un perfil hasta darnos el resultado de su definición, la figura del señor Batepalmas iba acumulándose, trasportándonos poco a poco hacia el reciente pasado de nuestra temporada musical.

Asociando su ínfima persona a ese mundo pretérito de emociones varias, la figura del señor Batepalmas insinuaba una recordación global. Mas no habló. Aquí una pausa: la figura aquella —cuerpo ya — achicó su mezquindad y, en tanto se esfumaba fugazmente, otra que de suyo le era incompatible adquiría corporeidad.

Y fué Ricardo Viñes.

Un gesto simple, sencillísimo, desprovisto de vanidad, nos le presentaba. Parecía vérselo sentado al piano en actitud casi familiar, tirar automáticamente el reloj de su bolsillo para consultar, a la manera de un catedrático o quizá inadvertidamente, la hora en que la sala se espaciaba en silencios atentos. Su cabeza, páramo que admitía una nueva reflexión sobre propagandas pelicidas, espejeaba con tinte rosáceo; sus enormes mostachos columpiaban una protesta juvenil ante el avance prematuro del yermo y dos signos suaves de mirar, algo de niño, completaban su aparición. No más.

En un encierro íntimo y a prima vista la figura de Viñes podría anticiparnos un mostrador y un cajón con timbre de seguridad; va sin decir, la de un comerciante —forma eterna del ladrón con visos de honradez— que ni presta, ni fía, pero es vigilante de su hacienda, siempre atento al provecho propio. Y hasta podría darnos su pequeñísima filosofía.

Pero Ricardo Viñes, nuestro visitante de esta siesta, es su antítesis. Así en lo físico, que le revela en una nueva y defini-

tiva impresión, como en su comercio artístico, moral pura, que también le denuncia prestamente.

Recurrir al retrato de un artista por su exterior y por lo que de sí posee puede constituir un episodio de consecuencias imprevisibles. Para lo cual no quedaría sino apoyarse en el recurso haragán y pachorriento de las expresiones vulgares: “¡No parece..., pero hay que oírlo!” Diríamos estotro: ¿Es acaso sólo el hecho de oírlo el que nos le hace valorar?

En el caso de este pianista valioso que exteriormente podría no decirnos nada, como reza una muletilla fácilmente acogida, su bondad de mirar desarmaría bien pronto nuestra risueña valentía de presentarlo.

Decimos que Viñes es moral en su arte. Otros, seudos artistas, suelen constituirse en amoraes del arte; a no mediar empresarios, aduladores y batepalmas el olvido perpetuo caería pronto sobre ellos.

Bien observado, Viñes está todo en su propio rostro: moderación y mesura. Su gesto es sereno y guarda atracción; y es gracioso cual el de un niño a través de sus inquietudes.

Pronto trasciende la verdadera condición de Ricardo Viñes. No hay detalle malogrado. Lo suyo es armonía y es belleza. Toca a lo íntimo. Es un servidor del arte no por mero afán de descollar en él, más por una necesidad derivada de su afinidad con él. Consejero de muchos, hace filantropía de su enseñanza. Y posee el gusto musical: porque selecciona. Y nos da lo moderno, hasta lo que algunos consideran un atrevimiento, demostrando con su espíritu superior y, más, haciendo despertar en los herméticos a estas bellas manifestaciones, el sentido de belleza impreso en valiosas composiciones contemporáneas, todo lo cual seguiría aún siendo arbitrario para muchos.

Su arte de hacer programas hace que el ánimo no vaya preparado para cosas menores a un concierto en que apunte su



V. SAN CLEMENTE
Actor de TEATRO DEL PUEBLO

nombre. Esto comporta un factor cualitativo de alta importancia. Y es satisfacción de filarmónicos tanto cuanto una nueva enseñanza para quienes, magos del piano (en los circos harían de volatineros), han venido demostrando un criterio digno de admiradores de almanaques.

Entrar en comentario crítico respecto de su haber técnico no le alcanzaría, porque es eximio. Guarda siempre medida en su justa relación. La sobriedad no place a los admiradores del efectismo en ejecuciones musicales. Esto es vaniloquio puro del lenguaje musical, en cuya falsedad tanto se abunda. O aguardan copia de altisonos; así puede dárseles Beethoven con la misma abundancia que exigiría Wagner. Quizá resida en no poco de ello el que nunca llegáramos a apreciar justamente a Debussy. Hasta ahora teníamos un Debussy juego de colores, policromía de cristales, pero carente de toda intimidad. Y se nos explicaba: era el paso hacia adelante, el paso hacia lo moderno, hacia lo exterior. No; era incompreensión, no interpretación. Y llegó Viñes y Debussy dejó de ser un juego de colores

quebradizas: tuvo contenido de alma. No era otra la impresión que causaron sus magníficas interpretaciones del impresionista; era, pues, otra música. Tocó, lo cual significa la necesidad de verdaderos intérpretes. De esta forma interesará Debussy también a los egresados de los conservatorios, quienes, sin una noción amplia de su contenido esencial, explican que su música es vaga y no expresa ni les produce emoción alguna. Ésta se halla en comprender mediante la formación de una cultura sólida en materia musical y no en la falsa educación ahita sólo con estudios de Litz y Chopin, sin que esto importe compenetración de sus respectivos valores.

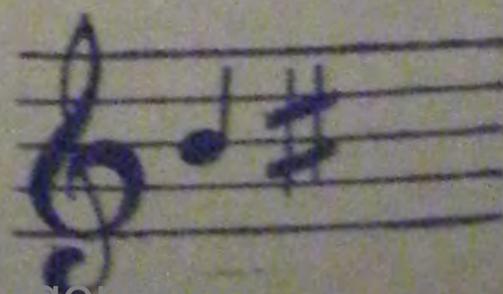
Ahí las condiciones dignas de valoración en Viñes, este Viñes que ejecuta a Chopin descorriendo la cortina de la penumbra y arremete con la luna espiradora. Es que Viñes no nos lo da en romanticismo llorón, pues es moderno y no soportaría languideces acabadas. Y no por ello Chopin deja de ser emotivo a través de su respetuosa euan sombría interpretación.

Hay un todo que dice de maravillas en su arte interpretativo. Bach, grave en el sólido volumen de su sonido, o los españoles de hoy en su particular expresión, hallan la misma gracia en el sentir de Viñes.

Acaso Viñes en su propia modestia no haya pensado aún en el concepto de su verdadera personalidad en cuanto artista. concepto éste desprovisto de toda vulgaridad. Pues él es varias veces artista: es maestro.

Por eso, cuando podemos apreciar estas notas de arte con verdadera delectación, hay recuerdos imborrables que se asocian en un signo solidario perdurando en la conjunción de las sensaciones gratas al espíritu. Luego de estas emociones superiores sólo cabe una expresión grande y digna: la del magno silencio.

Armando PANIZZA





El Riachuelo

Las tres de la mañana en esta madrugada calurosa de verano. El Riachuelo, negra cicatriz de mugre, a lo largo de la cual chorrea el sudor de todas las fábricas de Avellaneda y Puente Alsina, cruza la faz tranquila de la gran ciudad: Avellaneda, Lanús, Buenos Aires, no son en conjunto nada más que una sola ciudad: Hombre y mujeres de este y del otro lado del sucio zanjón por donde se desliza nervioso y alcahuete el veloz remolcador, se mezclan, se confunden, se hacen un sólo largo y silencioso rebaño que más tarde, cuando la serpentina del silbido de las fábricas taladre sus orejas, como sombras grises se deslizarán por la calzada rumbo al matadero cotidiano...

Las 3 de la mañana. El Riachuelo duerme. Las luces de los focos, se alargan sobre sus aguas como lágrimas que no terminan de caer... Y entretanto, el zumbido del último o del primer tranvía a lo lejos tajea el silencio, los lanchones han quedado turbados sobre una orilla, como cansados de treinta años de remontar el Paraná.

Todo es silencio ahora. El enorme fardo del cansancio pesa sobre los hombros de la urbe inmensa. Dentro de un par de horas, el cuadro cambiará totalmente.

Las cinco. Pitos. Cadenas. Tranvías. Omnibus. Carros. Canciones mezcladas con insultos y blasfemias. Mujeres pintarrajeadas y ojerasas que vuelven de los cafés cantantes y hombres, húmedos de caña, que van al trabajo con la mugrienta ropa del día anterior como si ni se la

hubiesen sacado para dormir... (¡y es que acaso no se la han sacado!). Sobre el lomo gris del Riachuelo, cantará el eco del trabajo.

¡Pero no! Ahora son tan sólo las 3 de la mañana. Entre unas maderas, al nervioso puntapié de un vigilante se desdobra un bulto que hace un instante parecía un fardo y ahora se ve que es un hombre: un inmigrante. Lo vomitó hace tres días un barco en la Dársena Norte.

Con la tragedia del estómago y queriendo devorar todos los misterios de la urbe con los ojos, cruzó desarmado de esperanzas las calles abarrotadas de letreros que le parecen a él, escritos en una lengua que desconoce, una sucesión de jeroglíficos chinos.

Al fondo de sus ojos, azules como el cielo de sus montañas, han quedado los paisajes de su tierra y el borroso cuadro de su aldea miserable, empujados por visiones nuevas.

Se levanta, ante el imperio del agente. Camina unas cuadras tambaleante. Llega al Puente de Barracas y se asoma a la borda. También se asoma a su pobre espíritu unas ansias de terminar con todo...

En la noche se oye un grito espantoso que rubrica el silencio y una boca enorme formada sobre las roñosas aguas del Riachuelo que se cierran sobre un cuerpo como en un interrogante de angustia...

Pedro GODOY.

canCIONES del tren, los hombres y la distancia

LEJANIA

Pullman X. 50. La luz férvida y pura
abrióse en el marco fugaz de la ventana.
Sobre las aguas vívidas ahogábase la altura
Ardió la selva densa en la mañana.

Todo se fué y mis días han sido de aventura.
Paso por el recuerdo de una mujer lejana.
Conocí la tristeza de la literatura
y amo los horizontes y la música vana.

Los ojos en recreo del país somnoliento
con árboles ansiosos y el camino estirado
disipábase en una lejanía de viento.

¡Tierra olorosa y cálida! ¡Polvareda de flores!
Entonces era bueno silbar y mi exaltado
mundo resplandecía con los siete colores.

EL TREN

Vibró a sus contorsiones de serpiente
la horizontal perdida del poniente.

El sol oblicuo hízose a un costado,
Estaba el cielo rojo sobre el campo dorado.

Bochornoso humo negro embetunó las cosas.
Aspiré el humo negro como esencia de rosas.

Después, ante los ojos en estupor profundo,
pasó la exhalación del otro mundo.
Era el tren.

FOGONERO

Fogonero: la luz sangrienta es tuya, fogonero.
La luz, la sangre del carbón llameante,
Que estremecido pinta una mancha vibrante
Sobre el fondo sereno de tus ojos. El cero

Lúcido de la lámpara brilla contra el acero
De la cámara oscura; y en la luz circundante
se refracta un cristal, puro como un diamante,
Y se dora la sombra gris de tu compañero.

Kilómetro 14. En la noche callada
La señal verde y blanca enciende la mirada.
El tren cruza el paisaje con marcha de metal

Y el paisaje se amansa bajo su marcha lenta.
Fogonero, en tus ojos tiembla la luz sangrienta
Y tus labios retuercen una canción vital.



SANTIAGO GANDUGLIA



De esa generación que subrayó su fervor juvenil en las páginas belicosas de los periódicos que de orilla a orilla de la ciudad pugnaban por hacer prevalecer una fórmula única de arte, con referencia a la vida unos, y a la pura literatura otros. Santiago Ganduglia es el único que ha callado, viciblemente, sin haber recogido su voz en la caja de resonancias de un libro. El periodismo parece haber absorbido sus mejores sueños y sus anuncios de una novela y un drama, en los cuales intentaba revelar el bajo mundo de las especulaciones bol-sísticas, el periodismo y la política, no se han cumplido.

Pero el valor más pronunciado en él, reside en sus versos, que está en el deber de recoger en volumen, penetrados de limpia emoción y enfocando el tema alucinante de los trenes y la distancia que ningún otro ha tocado entre nosotros. Hay creación (poesía) y el mundo lírico que descubre aparece elemental y diáfano para los ojos cansados de recorrer el mismo paisaje. Economía verbal y vigor poético. Y por sobre todo una sensación de buena salud de la que está tan necesitada nuestra deliquescente poesía.

Santiago Ganduglia es porteño y está en los 27 años. Roberto Mariani, en 1924, anunció su nombre con palabras de fe.

C. T.



s a n t i a g o

s a n d u g l i a

LA CANCION DEL MAQUINISTA

Yo he batido en tu vientre a las poleas.
Cual si en ti la matriz se hubiese hartado
Con todos los deleites del pecado
Entre mis férreos brazos forcejeas.

¡Qué locura la tuya! Darte al campo
Pródigo en morbidez de sol y siembra.
Máquina: me pareces una hembra
Con sensación eléctrica de lampo.

A tu testa acerada y a tus ojos,
Las dos farolas de cristales rojos,
Lanzo sobre el andén hospitalario.

Y aunque presa del vértigo y el ruido
Se abre tu sexo enorme y dolorido
Para el alumbramiento extraordinario.

EL TREN FANTASTICO

Solo marchaba el tren. Dios lo sabía.
Solo por los caminos acerados
y con la muerte asida a los costados.
La piel de hierro azul negra tenía.

De Norte a Sud, de Sud a Norte iba.
Con sus ojos de luz desorbitados
le vió la noche por distintos lados
y en la cuesta y el bajo le halló el día.

Y el tren siguió hacia su destino incierto.
El cielo estaba puro, el aire abierto
en flancos temerosos. La luz yerta.

Hirió su plancha, iluminó el silbido.
Pero el tren siguió trágico, obsedido,
Quién sabe adónde por la tierra muerta.

IMPRESION

Con sus ruedas cargadas de infinito
El tren desnuda el campo a la mirada.

Haciendas grises, casas pobres, árboles
Pero más la distancia
Como una fuerte y simple melodía terrosa.

Los caminos empolvan la canción de la marcha

Haciendas grises, casas pobres, árboles
Y siempre la distancia.



JOSE VENEZIANI
Actor de TEATRO DEL PUEBLO



La ropa vieja
cambia su
cara con

sunset

— para teñir en casa —

JUSTO SUAREZ, CANCELLER.—

Irigoyen nombró canciller a Justo Suárez, porque sabiamente se llevó de aquella difundida voz que aseguraba que lo que no habían podido hacer por la patria en el extranjero todos los publicistas y diplomáticos argentinos, lo había hecho con sus puños "el toro de la pampa", que según la comisión investigadora resultó a la postre contrabandista de automóviles. Pero el gobierno provisional no puede compartir aquel criterio, dejando en los puños de un buen muchacho, una representación que haría ruborizar a un cangrejo.

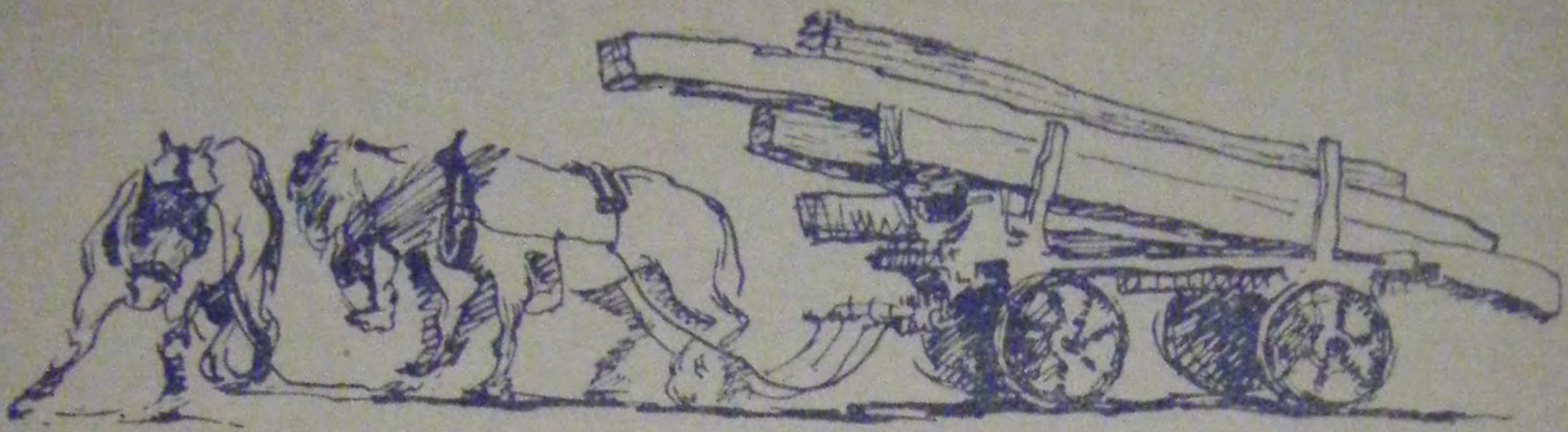
NOTICIA POLITICA.—

Nos comunican que en un rasgo de hombría que los honra, en vista del descalabro sufrido por el irigoyenismo, los escritores que firmaron el manifiesto de los "jóvenes intelectuales irigoyenistas" volverán a constituir el comité, para que no se piense de ellos que lo hicieron en la mejor hora, por interés.

Si se nos permite opinar en este asunto, diremos que nunca creímos que Borges, Calimano, Olivari, etc. fuesen interesados: pensamos, simplemente, que eran irigoyenistas.



OSCAR FAMA
Actor de TEATRO DEL PUEBLO



La poesía de Pedro Godoy

"VIDRIO DE PUNTA"

Pedro Godoy, el poeta que descubrióse, decididamente promisor, con su primer libro "A cara o cruz", ha publicado "Vidrio de punta", volumen de treinta y cinco composiciones elaboradas con el espíritu en estado pleno de poesía. Treinta y cinco composiciones que exhiben un alma dolorida y se anuncian con vibraciones caústicas y clarinadas desgarradoras de sentimientos. Versos que penetran en el corazón silenciosamente y estallan de pronto, como el dolor cuando se posesiona del alma de un hombre viril. Diríase que Godoy es el poeta del gemido que revienta en una protesta. El sufrimiento resignado con que nos acorrala, vierte raudales de un lirismo potente que el poeta enarbola como una queja. Trasmite sus emociones, despacito, como quien camina en punta de pie para no ser oído, sin adjetivos ruidosos, pero de repente como si la fuerza angustiosa le dominara, alza un grito.

Poeta proletario, de vida desamparada de sonrisas, abierta a los surcos de la amargura cotidiana, ensueña sus propias sensaciones. De ahí que para los imaginativos de la mentira artística,—burgueses, snobs, diletantes,—"Vidrio de punta" podría ser acogido con una sonrisa indiferente y para otros,—los cómicos, los dúctiles y teatrales de la literatura,—sería unilateral y sectario, expresiones con que los fariseos del arte, confinan al poeta verdadero al destierro apoético. Godoy vive lo que plasma en verso exalta su mundo de angustias que es el mundo de los humildes, de los desheredados, en tanto que su vida interior le arranca conclusiones que se desprenden de su espíritu, porque sí, sencilla y naturalmente como se desprende de las nubes el agua que cae cuando llueve. Las ideas que contienen sus poemas no están adquiridas en los libros de sociología. Son la emoción misma de sus versos. La idea y la emoción gestan la imagen, y la imagen es el organismo del verso. En la poesía de Godoy,—arte verdadero,—ambas propiedades son inherentes y amputarle cualquiera de ellas, es como arrancarle al ser un órgano vital y pretender que continúe con vida. En poesía, emoción es sinónimo de idea. Frente a una idea fresca siempre hay una exclamación. Si a un burgués tranquilo se le habla de la Revolución Social, lanza un grito. Y la Revolución Social es una idea fresca porque todavía no la hemos ejecutado. La idea siempre es nueva mientras no se la convierte en acción. Claro, que cuando se cree conocer una idea, se le fabrica un molde, y por lo tanto, resulta manida, no emociona y se la acoge con bostezos. Por eso muchos hombres de sociología idealista, empiezan por el socialismo, luego se hacen comunistas parlamentarios y más tarde anarquistas, y como creen haber dado con la tecla también en el anarquismo, se meten a teósofos y espiritistas, rosaduras epidérmicas que les hace creer que han evolucionado. A la idea de Cristo,—por ejemplo—, le confeccionaron un molde y por eso la mayor parte de la humanidad se cree cristiana después

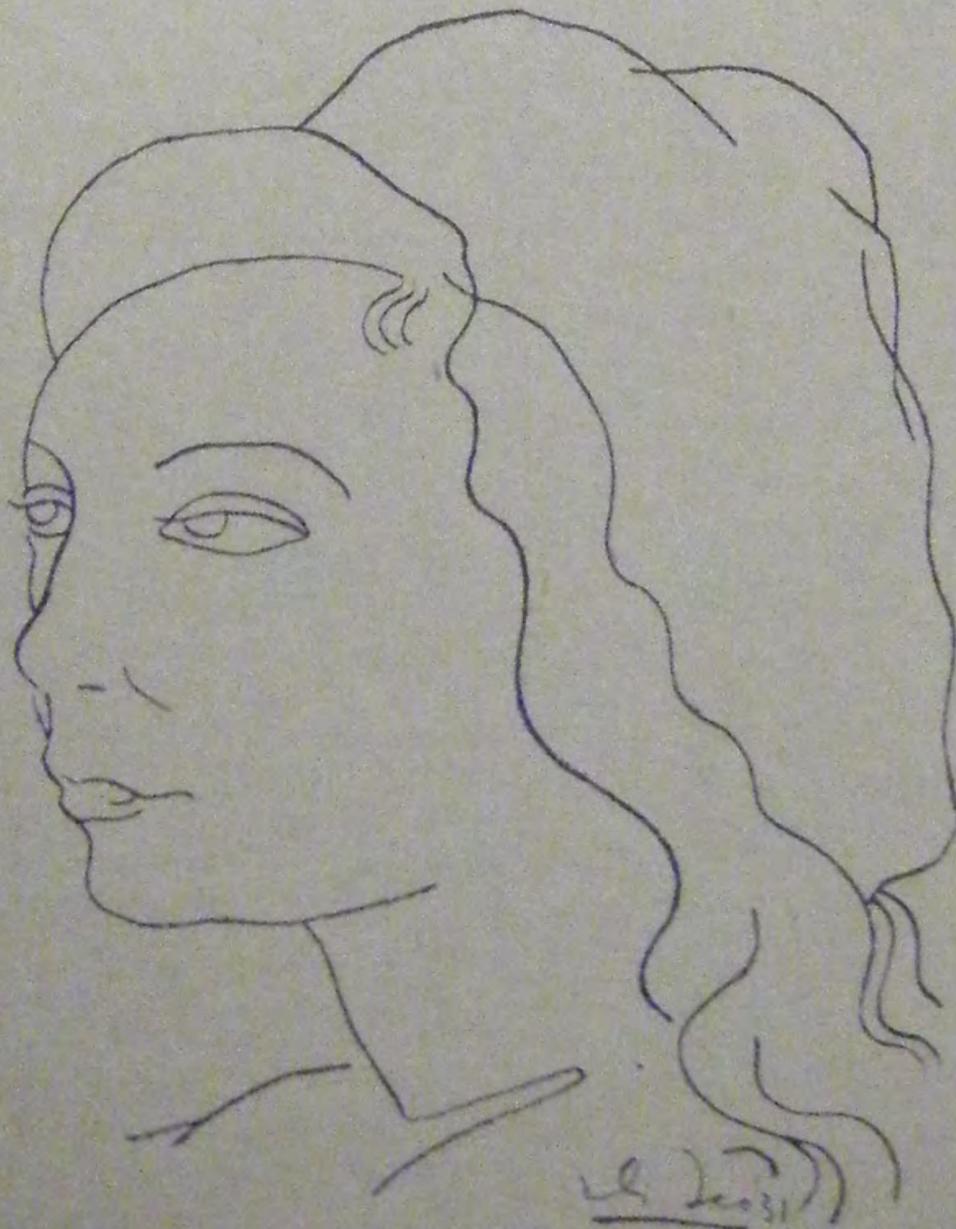
del bautismo. Pero a los que sienten la fraternidad, el sueño de Jesús les emocionará durante siglos, porque como no se practica el ideal, permanece virgen, y el poeta, buzo de los sentimientos, encuentra en éste el filón, la veta, francamente en consonancia con sus anhelos de amor.

Pedro Godoy observa rigurosamente el ritmo. Este ejerce en el lector, la influencia de todo un poder de sugestión. El poeta que quiera hacerse interpretar mejor por el pueblo, tiene que alimentar al organismo de verso, a la imagen,— producto de la emoción y de la idea, como dije antes—, con el ritmo. Y creo que el anhelo de verse comprendido por el pueblo, es natural de los poetas verídicos, quienes utilizan su arte como un medio de enaltecimiento espiritual. Es teoría de satisfechos y frívolos, el desprecio que aquellos novedosos con aire de privilegiados y suficientes, atacados de furor ultraista, simplista, etc., exteriorizaban por el pueblo. Puro humo que el viento de un lustro apenas, ha sido necesario para que se esfumaran. Esa enorme inquietud que pareció poseerlos en su iniciación, ha resultado como la moda de la pollera corta en las mujeres. Actualmente, todos esos que advertíamos ansiosos de epatar, con enredos intransitables de palabras que nos querían endilgar a la manera de imágenes, escriben como exige el buen sentido y si tienen talento, ya se lo encontraremos en el medio, como dijo el clásico.

Pedro Godoy no es de los poetas menos verídicos. Su arte, libre de la efímera y turbia consagración oficial, como salió del pueblo, vuelve a él. Corroboremos:

Atisban por las páginas de "Vidrio de punta", la frescura de las metáforas:
y una mujer mundana, como perla
se exhibe en el estuche de su auto.

(De "Puñadito de brasas").



MARIA ROSA FERNANDEZ — Actriz de TEATRO DEL PUEBLO

Es un sábado porteño. Luces. Autos. Letreros. La multitud. El poeta observa:

Con la insolencia que les da la plata
entran los hombres ricos a los teatros.

De ídem.)

Y grita su soledad:

¡Entre el montón de gente estoy tan sólo,
tan mísero y extraño!

(Ídem.)

Una sola estrofa para exhibir una tragedia, la de todos los días:

Bohemio siglo veinte.
Jesús de sobretodo y sin rulitos,
cruzando la ciudad indiferente
del moderno judío.

("La doble personalidad").

El poeta interpreta la humilde resignación de los que sufren, que es la propia:

¡¡ Aquellos que andamos careciendo todo
precisamos poco para estar contentos!!

("Pausa").

Le asalta los recuerdos y diríase que el poeta se encuentra a sí mismo:
Se me inunda la mente de recuerdos lejanos
que no sé desde dónde vienen ni por qué me los mandan.

Sarcástico, se revela contra esa literatura falsa:

"Es cuestión del cristal, literatura,
particular estado de conciencia,
la romántica cara nocturnal
y otras iguales frases embusteras.
"El hambre proletaria, cabalgando
estúpidas miserias,
¡esto sí que es verdad, verdad en cueros,
no lírica diarrea!
"El viento, el sol, la luna, el aire:
salud, belleza."

("Abrojos").

He aquí, un aguafuerte, la del joven vulgar que todos los días vemos pasar a nuestro lado:

"Comer y trabajar. Después, de noche
acostarse y dormir: no soñar nada.
El sábado al billar, hasta la una
y el domingo, a la cancha...
Volver...! y al matinée del biógrafo!
—A la salida, manosear muchachas.
Ir a cenar, riñendo con la madre;
tragar, correr, porque "su bien" aguarda.
Representar de novio en un hogar...
Y a empezar la semana!

("Uno").

Un hallazgo psicológico:

El minuto más lírico
del vulgar, es su boda...

("Una vida").

El poeta se nos muestra con toda su potencia lírica: la novela "Royal Circo", de Barletta le inspira. Describe la tormenta:

Más, el poniente se nubló de pronto.
Aparecieron las primeras crestas
de pardos vientres grávidos de agua,
y rubricó el cartel de la tormenta
la firma eléctrica del rayo.

(“Royal Circo”).

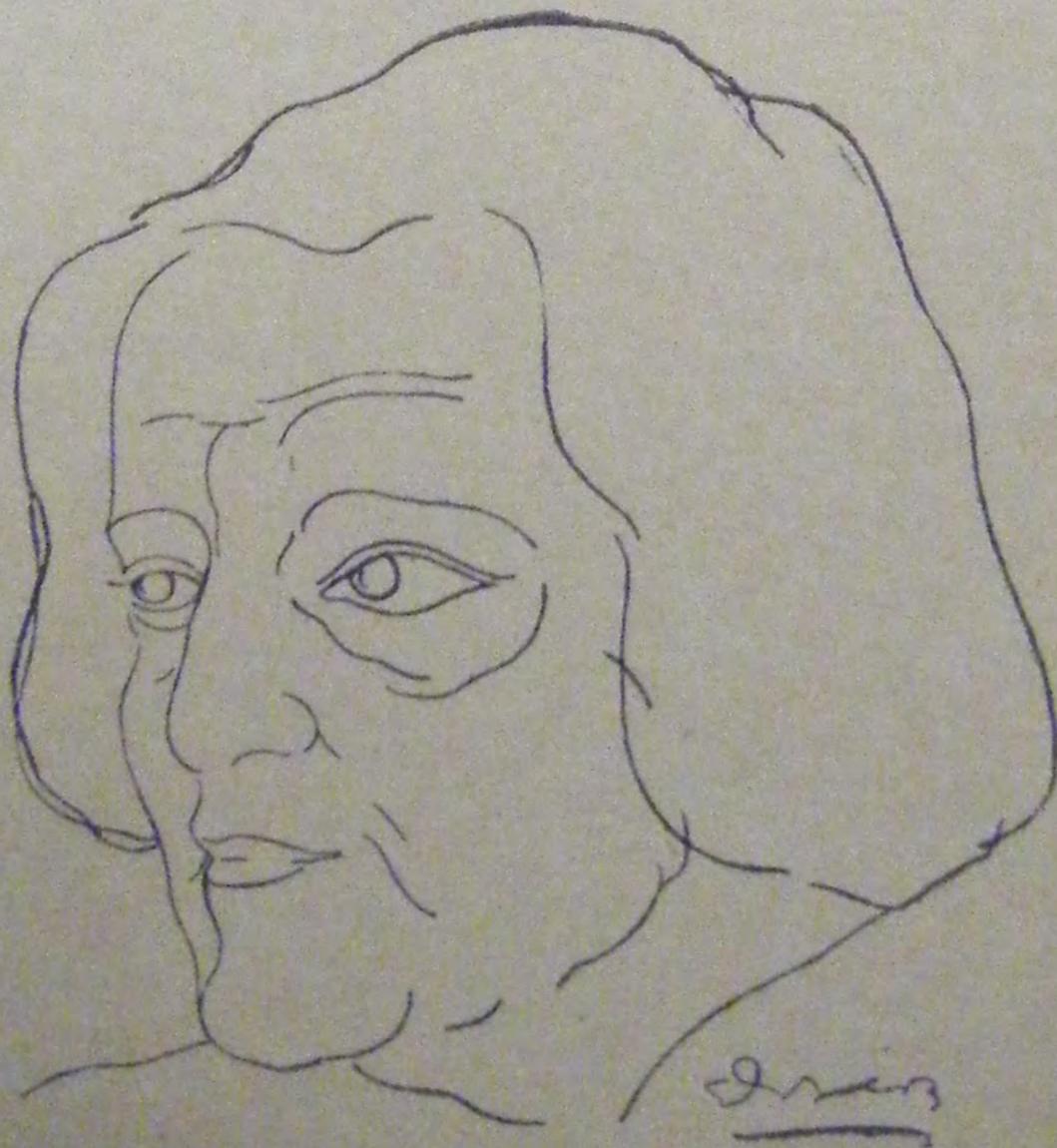
“Vidrio de punta” está dividido en tres partes. “Mi propia sombra”, “Gorgojos urbanos” y “Veta nativa”. Señalaremos en el libro tres composiciones, a las que creemos que le falta realización: “Tributo”, “Los ladrilleros” y “Proletarios”.

“Inquietud”, “En voz baja”, “Pajueranos” y “Retorno”, gritan la sincera inquietud del poeta, como asimismo indican la senda de su personalidad.

“Erich Maria Remarque”, “Madre de pueblo”, “Hormiga del suburbio” y “Cantar de conventillo”, son poemas bellos de fraternidad y están saturados de la influencia—por qué no lo exteriorizáis, críticos egoístas—de Alvaro Yunque.

Pedro Godoy con “Vidrio de punta”, afirma la personalidad en “A cara o cruz” y el pueblo debe congratularse por la confirmación del avenimiento de este poeta suyo, muy suyo, que escribe, previo sufrimiento de sus emociones.

Juan D. MARENGO.



JOSEFINA EMERICI — Actriz de TEATRO DEL PUEBLO



Nueva conciencia artística

El arte encarna todas las alegrías y todos los dolores del género humano; es un sello que sobre ellos imprime la vida y, en cada uno de nosotros, ocurra lo que ocurra, ese sello quedará grabado eternamente. Del mismo modo que estamos dotados de un sin fin de compuestos y variaciones, de pequeñas conciencias o estados de conciencia, el arte que es la moral superior de la vida, así distintamente, sus efectos operan en nosotros.

La religión que representa una vida superior soñada, con toda ciencia ideal, se imagina una sociedad del universo, de conciencias. Por ello el arte y la moral deben "elevar la vida individual a la dignidad de una vida colectiva, y cuando el arte nos haya dado ese sentimiento inmediato de la vida ya realizada la moral nos hará querer la vida por realizar, ya que el mundo hipotético por constituir es el último término de nuestros amores, de nuestros esfuerzos, como dijo un pensador.

Representando el pensamiento la libre marcha de la aspiración, el mecanismo humano estaría bajo la influencia de los grandes anhelos, no solamente del individuo a la naturaleza sino del individuo a la sociedad humana.

Todas las consideraciones aportadas por la psicología, la fisiología y la sociología, tienden a una teoría de la solidaridad, a la vez orgánica y social, que es el principio de toda estética. Por lo tanto, el arte como la moral deben de tener la grandeza de expresión emotiva con su parte de verdad que es el fin de la solidaridad vital, haciendo de la conciencia la verdadera vida individual y que envuelve nuestra conciencia, uniéndola a la gran sociedad universal.

Ha muchos años que los filósofos grie-

gos cifraban lo bello en la armonía, considerando ésta como uno de los caracteres de la belleza; mas esa armonía, para la psicología moderna, reduce a una especie de conciencia colectiva, a la solidaridad orgánica permanente, dentro del propio individuo. Pero los placeres que nada tienen de impersonales tampoco nada tienen de duraderos, y, por el contrario, si el placer tuviese un carácter completamente universal, sería eterno. Es por eso que en la expansión de la vida es donde "la estética, como la moral, deben buscar lo que no morirá".

El arte considera el espectáculo como una realidad y se sirve de la contemplación para la producción y el goce, para la "creación de una realidad superior ya presente en nuestro espíritu y en nuestro corazón".

"La humanidad trata siempre de hacer comunes placeres y penas a condición de que el placer mismo no sea alterado por la distribución. La vida y la realidad son el verdadero fin del arte y la naturaleza del arte nos ilumina sobre la naturaleza del porvenir". Por el contrario si el arte fuese nada más que un simple juego, de acciones y movimientos, sería de temer su desaparición ante el avance de la ciencia y el industrialismo; mas siendo fruto del cerebro y destinado a tan gran fin, deberá encontrarse siempre en el centro de la moral y material de la humanidad.

Tal vez en lo futuro, cuando el hombre viva para el arte que le dará su parte de conocimiento y de vida, ese medio de solidaridad simpático entre los hombres, tenga una misión especial y creciente, término ideal del progreso en que toda acción agradable será artística, entonces llegaríamos por medio del ensanchamiento espiritual a comprender los acordes ar-

mónicos de la vida misma, donde cada una de nuestras propias alegrías tendría el sagrado carácter de belleza. El día en que esta concepción elevada del arte sea interpretada diremos con Bacon que el arte es el hombre añadido a la naturaleza.

El arte será el aliento de todos los tiempos y para todas las generaciones, por que se estructura con las ideas generales directivas del pensamiento, con los sentimientos comunes a toda la humanidad y tal conocimiento, como resultado, será entonces el ideal de la belleza perfecta donde el arte llegará a la dignidad permanente y verdadera.

Pero sin tener presente tales aspiraciones no puede existir arte posible, es decir, el arte humanamente hablado que persiga una finalidad superior entre los hombres, lo que redundará en degradación. Porque tal finalidad es precisamente la vida del arte que procurará entrelazar las comunes aspiraciones humanas a fin de servir como punto de apoyo a la moral, ya que bajo este punto de vista el arte desempeña una función altamente moral.

La razón de ser está en el lugar de toda ciencia humana. Arte y ciencia son nuestros más grandes aspiraciones porque son también el punto central de nuestra existencia, preocupación suprema del hombre. Sin arte ni ciencia es imposible concebir la vida humana en quien están concretadas todas las grandes ideas. Como la idea de libertad nos determina a obrar tal cual como si fuésemos libres, así el arte nos hace vivir una vida superior, hipotética, que mediante esas aspiraciones de conquistas intermitentes e interminables arroban la vida del idealista con la esperanza de tiempos mejores. La idea de ese amor apasionado que nos trasmite el estudio del mundo y de las cosas hace con que amemos como realmente amamos en la vida práctica.

El ideal artístico es el más puro, puesto que es también el más sencillo a la par que más difícil de crear. Toda verdad es eterna pero más todavía cuanto más sencilla. Como la moral, es el arte rege-

nerador y constructor de mundos y de las cosas. Libre a su albedrío forja lo que está por realizar prácticamente, lo que no se podrá realizar jamás, y ese procedimiento, único, palpable que vemos y no podemos poseer, es la suprema finalidad humana por su conquista.

He ahí, pues, porque el arte desempeña una misión totalmente moral, a la par que prácticamente nos induce a la prosecución de un ilimitado fin, siempre tendiente a la unión de los hombres en mutuas esperanzas, ya que carecería de objeto siendo ajeno a tal cometido.

Aunar la reunión espiritual de las diversas interpretaciones sociales que como una ley física de proceso en proceso va construyéndose en cuerpo imponente para alcanzar finalmente la cumbre a que fué destinado, punto terminal. Del propio modo puede el arte, reemplaza: una vida ociosa y egoísta, violenta e irracional, por otra de felicidad en la tierra.

Esta aspiración progresista e indefinida, es una consecuencia de la naturaleza estética. El límite superior de goces posibles, más grande moralmente que el infinito, es el límite más grande que toda idea que si no llegamos a él jamás, únicamente por medio del arte conseguiremos alcanzarlo, o al menos haremos todo lo posible.

Muere el arte de una época con su propia evolución social al transformarse, fenómeno a que está sometido por la ley radioactiva de la renovación.

Los lienzos de los pintores al cabo de unos años serán derruidos por la acción del tiempo. El propio Rafael, dentro de un corto lapso de tiempo comparado con la edad de la existencia en la tierra, no será más que un simple hombre. "Las estatuas y monumentos se reducen a polvo; sólo la idea subsiste o el que con ella aumenta el patrimonio del espíritu humano" que merced a ella puede tanto como la propia humanidad.

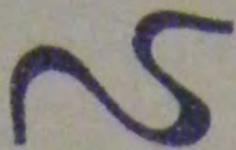
Campio CARPIO.



libros

Soy hombre, y nada humano podría serme extraño.

Terencio.



"LIBRO PARA LA PAUSA DEL SABADO" de César Tiempo.

Bajo el denso párrafo de Hans Meinhold: "El alma del sábado es recreo del hombre interior", y una advocación familiar, César Tiempo acaba de emplazar huellas definidas en un camino que era virgen en la poética rioplatense.

Acotando sus inquietudes en un paseo por sobre el grasoso asfalto del "ghetto", logra captarle esa reminiscente tonalidad de las interioridades israelitas. Tonalidad sedimentada entre la grito de una chiquillería precoz y pecosa y a través de la cual se vislumbran esas siluetas curvadas que han enfundado su tristeza bajo el raído misticismo de las hopalandas. Siluetas de seres encanecidos en el recuerdo y que todavía sueñan con la ineluctabilidad de la raza o en la colonización de la Palestina. Estampas amables en las que se cree percibir esa serena exaltación que poseen los salmos cuando cantan —en voz baja— la inmortalidad y el destino levíticos mientras los acentos van diluyéndose por el ambiente, zahumado con "hering" y quejas comerciales.

Los varios recuerdos de adolescente están rehechos con palabra ágil que les salva su densidad; hurga el presente y el pasado sin alharacas introspectivas y diciéndonos su canto con versos despojados de cualquier efectismo al uso. Una sonrisa sin pose, de alegre campechana rabínica, anima y enlaza las distintas composiciones de su "Libro para la pausa del sábado" con el cual nos da la afirmación de un espíritu ubicado y artista.

La liturgia hebrea que —se nos ocurre— tiene mucho del orientalismo contemplativo, había impuesto la "pausa del sábado" como propicia para el soliloquio o la beatitud en el Viejo Testamento. De ahí que esa "pausa" surja ahora humanizada por la voz del poeta, quien aprovecha precisamente el interregno para valorizarlo con su entonación.

Es que Tiempo ha comprendido que entre nosotros, la unción religiosa del pueblo apadrinado por Jehová, háse desteñido un tanto. También ha comprendido por qué. Dicho padrino es ahora displicente más que nada por las continuas infidencias del ahijado. Por lo demás, debatiéndose entre múltiples factores etnográficos e históricos, el "ghetto" como afirmación no llegó nunca a ser una calidad. El judaísmo argentino está sujeto a un proceso de catálisis, que es la consecuencia de nuestro indiferente aquietismo respecto al problema religioso. Y este problema ha sido la fontana donde nutrió su unidad racial y su aislamiento. La inmigración europea que ha perfilado nuestro cosmopolitismo, no es antisemita. No lo es por razones de tiempo y espacio. Existen hoy amplios interrogantes para distraer el dinamismo vegetativo de las muchedumbres. Los guerrilleros del credo —excluyendo ciertas "comarcas" ya señaladas en el mapa de la civilización— se han retirado hipando su humildad de grey dispersa. Nos queda entre peores cosas, un Papa radiotelefónico y el Muro de los Lamentos, descascarado paredón ante el cual lloran las viudas de los musulmanes y de los judíos, que se han asesinado recíprocamente con antelación de unas horas.

Por lo tanto, el "ghetto" porteño, no presenta ese hermetismo severo para el exterior ni aquella pobreza bíblica y pintoresca que se reflejan magistrales en las páginas de Ismael Zaugwill. El nuestro es más dinámico y más... democrático. Es más modesto, también y tiene mucho de lo nuestro como lo sugiere esta sencilla descripción:

Guiña un cartel luminoso
sobre las turbias vidrieras
—vox clamantis in deserto—
de los fondines hebreos
surcan los ríos de asfalto
los Lacrozes soñolientos.

Más jovial, no lo explica esta estrofa de "Viento Rubio":

La calle azul del tráfico impetuoso
con su eglógica fiesta de Lacrozes.

la calle, en fin, que proporciona voces para cantar todo lo que es hermoso. Y enseguida, como una comprobación melancólica:

Pero tu corazón desoye el vario
clamor del ghetto como quien asiste
con mirar distraído a un cuadro triste
cuya vida fugaz es de escenario.

César Tiempo ha compulsado con un sentido hurgador los aspectos más sugestivos, obteniendo composiciones de una inspiración policromada y veraz. Lo cual no significa el desmedro de su sincera afirmación judía, de la que es solvente con su "Letra para una danza judía" y el poema "Bodas de Oro", especialmente éste último en que narra con trazos verificados en sobriedad y síntesis, la humilde epopeya de un cincuentenario matrimonial celebrado.

Con el viejo dolor de su raza, transidos de silencio. Digno corolario son "Los salmos del Inmigrante Israelita" en los que sobre la dramaticidad deambulatoria de la raza y la férvida esperanza que los guiara por los caminos del mundo, está la secreta rotundidad de un destino, hecho de nostalgias y recuerdos. Lo sindicamos como su trabajo mejor logrado y del que transcribimos un fragmento:

Acribillada por los puñales ciegos del invierno
gemía y aullaba la borrasca sin trasponer el límite sombrío.
Podríamos correr sobre las espaldas de los ríos aletargados,
jugar con la nieve que sonreía su mansedumbre
mientras los dulces cantos hacían cimbrar nuestra alegría
en las rondas aldeanas y en los coros de las ciudades pobres.
Y éramos perseguidos. Éramos perseguidos.

Pero cuando ya empezaba a despuntar la intención satírica, el verso, menos grávido, nos trae una leve prestancia documental, con la revisión de tipos y modalidades características.

Es entonces cuando la gracia jovial del poeta se anima brindándonos unos anversos pulidos con seguridad magnífica que traen con su lectura la alegría de una sonrisa sutil y comprensiva.

Con su "Niñez Pecosá", los "Versos para nosotros dos y mis amigos", la "Noche siemal en el ghetto" y "Méier Dréir", la publicación del tomo estaría justificada si la inclusión de otros trabajos no lo valorizase plenamente. A esta manera pertenece el "Méier Dréier Ave Negra", en el que descubrimos un tipo insospechado por el profano: al leguleyo judío, y del cual nos informan las siguientes estrofas:

Masoreta muy siglo veinte, los Códigos
son su Thora y los pleitos sus Mandamientos,
su Sanhedrin moderno los Tribunales
donde busca herraduras a equinos muertos.

En el café tupido de picapleitos logra su verba pingüe netos impactos: una sentencia no hace jurisprudencia, como una golondrina no hace verano.

En ciertas subcapas del medio literario escribir con sinceridad se conceptúa "demimode". Puesto que no es un "ismo" importado tras el penúltimo viaje a París por algún engominado talentado. Sin embargo, hay una vanguardia de escritores y artistas — muy po-mal contenido para sus trabajos. Entre ellos acaba de enrolarse el poeta César Tiempo, cuyo "Libro para la pausa del sábado", se destaca airosamente sobre el pergeño de tanto versificador agropecuario y filarmónico.

Mauricio ROSENTHAL.





MICHE JACOBY

Actor-director de **TEATRO DEL PUEBLO**

"YENIA", por Margarita E. Arsamasseva.

La acción de esta novela se desarrolla en el viejo imperio ruso. La protagonista, una joven rusa de la clase acomodada permite que la novelista nos muestre la fuerza de su expresión y el vigor de su pintura. Por veces el ambiente presta mayor relieve a los personajes, aunque algunos episodios diluyen la acción quitándole algo de su vigor. Con todo "Yenia" es una novela, no un recuerdo de tal, ni un boceto, y en esto está dicho el mejor elogio de su autora que cultiva las letras castellanas con tesón y dedicación nada comunes, lo que nos permite augurarle el mejor de los éxitos, cuando su visión sea más objetiva y extraiga sus temas de la realidad circundante.

"REALISMO", por Julio Fingerit.

El nuevo ensayo de Fingerit no está a la altura de los anteriores. Está escrito en una forma confusa y pedantesca y las ideas que mueve no son originales, ni mucho menos.

Por otra parte, Fingerit tiene una mentali-

dad europea que no puede llegar a interesarnos, fenómeno frecuente entre aquellos que en vez de asimilar los libros que leen se dejan influir por ellos, perdiendo toda personalidad.

"LA FRECUENTACION DE LA MUERTE", por Roberto Mariani.

No es un libro corriente el de Mariani. No es un libro corriente ni en su prosa ni en sus ideas. En la forma y en el contenido hay en este libro un considerable esfuerzo. La imaginación es en los seis cuentos, de una frescura y vigor dominantes. Minucioso y sobrio a la vez, profundo y ameno, Mariani sin duda traza su personalidad literaria con rasgos nítidos y felices, entre los escritores de esta generación, tan superior a la que precede.

La idea de la muerte, generadora del libro ha sido examinada por Mariani en muchos aspectos y en todos ellos con una gran elevación espiritual e intelectual y hasta con una natural elegancia. Sin embargo, por momentos tórname angustiadora y torturante la labor de este desmenuzador de caracteres, que se complace en hurguetear, descomponer y analizar las sutilezas del pensamiento humano.

"GLOSAS DEL ANDAR", por Roberto A. Tognoni.

Este nuevo poeta no es, por cierto, un poeta nuevo. Es, un poeta más. Y para peor, un hombre que va en busca de su camino, pero sin saber adónde va. Cuando hace el verso retórico se piensa que nada nuevo aporta a un género artístico donde o se es genio o no se es nada. Pero Tognoni escribe también el verso modernista y esta falta de sinceridad consigo mismo le pierde.

Los versos de este libro son como los apuntes de los pintores: cosas para guardar, no para publicar.

"CARA DE CRISTO" por Miranda Klix.

Los cuentos de Miranda Klix se leen con creciente interés. Cumple por este modo con el primer deber del cultor de tan difícil género, que es el de entretener al lector. Pero además en casi todos ellos, el autor ha puesto también algo de sus afanes y preocupaciones morales, lo que hace doblemente considerable este trabajo, escrito en una prosa no exenta de ciertos giros novedosos y gráficamente expresiva.

r e p e r t o r i o d e

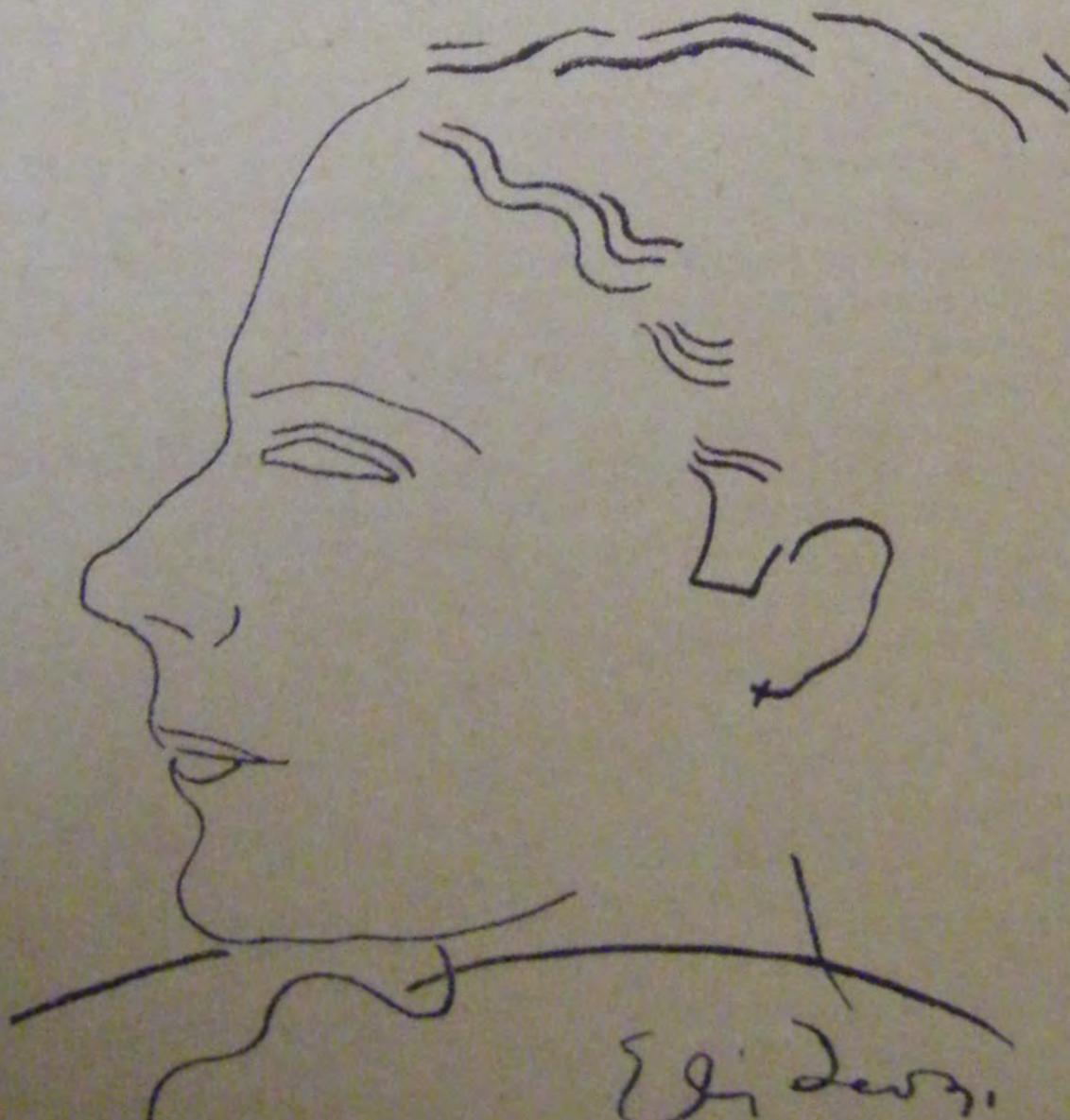
300.000.000, por Roberto Arlt.
CINEMA, por Alberto Pinetta.
UNO, por Hernández de Rosario.
DESPUES, por Juan D. Marengo.
EL CORDEL, por Jacoby y Bronstein.
JORGE, por Salvadora Medina Onrubia.
EL CLAMOR DE LA VIDA, por Ernesto L. Castro.
TITERES DE PIES LIGEROS, por E. M. Estrada.
COMEDIETA BURGUESA, por Alvaro Yunque.
EL POBRE HOGAR, por Juan Carlos Mauri.
RINA, por Julián Alvaro Sol.
GUDRUNA TROGSTAD, capitana, por I. Krupkin.
LOS SEÑALADOS, por Elías Castelnuovo.
VIVIR, por Mauricio Rosenthal.
LA DANZA DEL ODIO, por Juan Carlos Mauri.
BUENAS ALMAS DE DIOS, por Augusto González Castro.
LA VIDA DE LA MUJER, por Adolfo Botazzi.



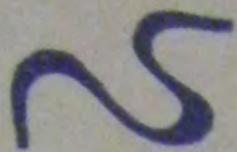
DIRIGIDO POR
LEONIDAS BARILETTA

REPERTORIO DE CAMARA

LA MADRE Y LA NOCHE, por Roberto Mariani.
EL PERFECTO HUMORISTA, por Alvaro Yunque.
LA POESIA, por Pescatori di Perle.
EL FINAL, por Julián Alvaro Sol.
NAVIDAD, por Julián Alvaro Sol.
LA MEJOR OBRA, por Olga de Adeler.
VIEJA PALMIRA, por José Ariel López.



teatro

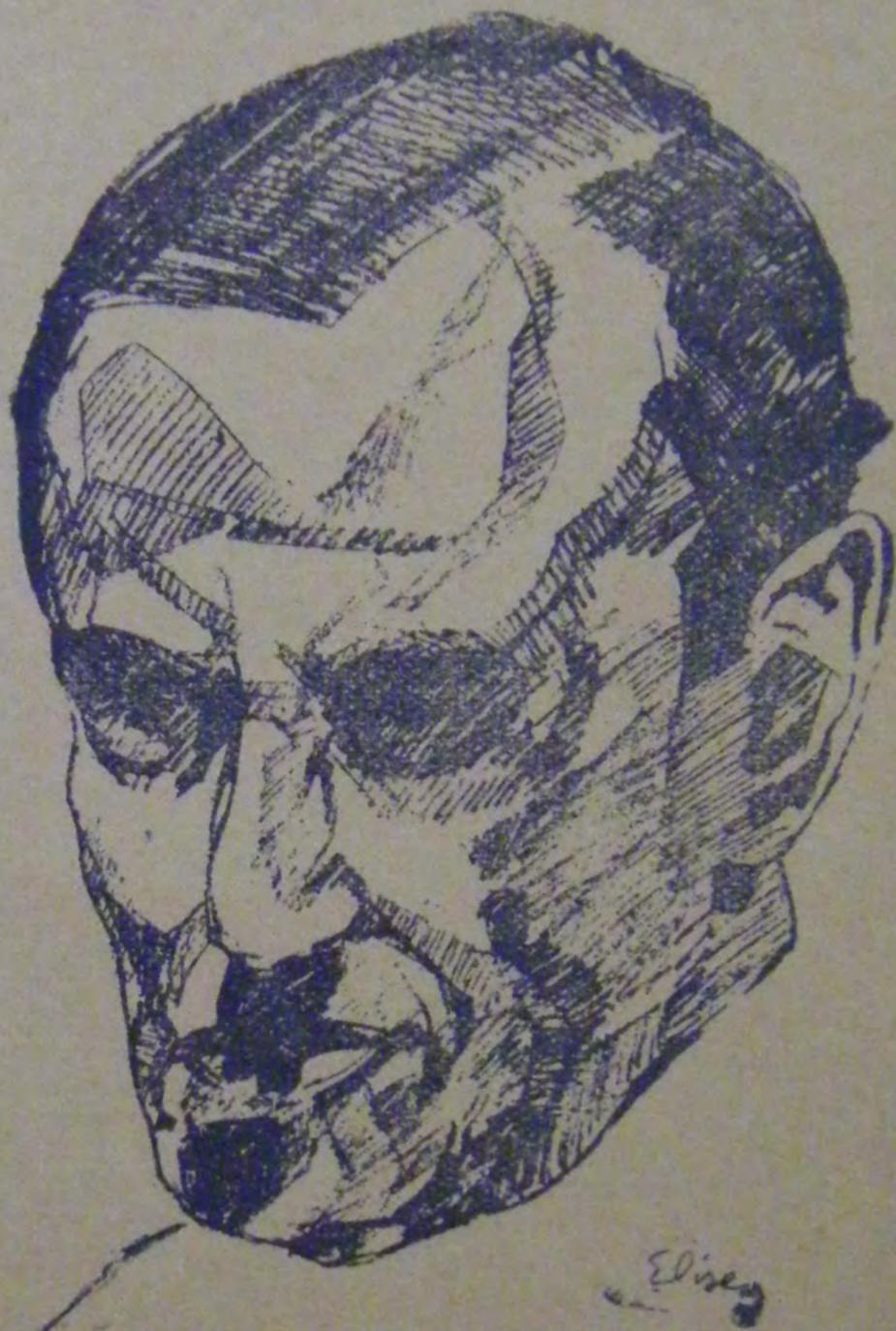


M i t o l o g í a H í p i c a

Todos sabemos que el arte es una cosa seria. Desde los tiempos algo lejanos en que los griegos divinizaron a las musas. Según nos cuentan los libritos de mitología, las musas eran tres; dejemos a dos de ellas durmiendo su larga siesta a través de los siglos bajo la adquiescencia de Júpiter cabrero—el "cuidador" del stud "El Olimpo". En cambio sacudamos la polvorienta modorra de Talía, que en estos tiempos de vértigo, aun se hace acompañar en su majestad soledosa por el crinado león, barbitaheño y domesticado. El arte es una cosa seria y Talía es la musa del Teatro. Pero, el teatro "non é una cosa seria". Esto no lo dijo Aristófanes, un comediógrafo envenado y cursi que hizo reír a los atenienses con carcajadas tan estrepitosas que su eco ha osado trasponer la inmortalidad. La frase tampoco pertenece al joven siciliano Luigi Pirandello, que la hubiera proferido cuando dejó la Europa quejumbrosa y acatarrada, al embarcarse para Holliwood. Esto lo afirmaba un conocido empresario a quien los Dioses le fueron propicios. Dicho empresario tiene ideas sugestivas sobre las liturgias de las religiones y esbozos originales en todo lo que se refiera a mitología. Esta parece ser su especialidad.

Como todo empresario, tiene arrendada una sala de espectáculos públicos. Buen cristiano, llamó a la sala La Catedral; la catedral del Género Chico. Lo cual parecería significar que es el rótulo de un tendero hereje que liquida los retazos de fin de estación, pero esto sería un error craso. Se refiere al Género Chico del Teatro Nacional.

La musa Talía fué siempre obsequiosa a don Pascuale Carcavallo, empresario—"directore" y afortunado poseedor de un "estú" en nuestro Palermo umbroso y burrero. El hipismo es un deporte noble que propende al mejoramiento artístico de la raza caballar. Y don Pascuale Carcavallo está muy orgulloso de sus inquietudes como director, empresario y "turíman" de nuevo cuño. También está satisfecho de Pólvara, una yegua con más crédito que un sainete de Vacarezza. En realidad Don



PASCUAL NACARATI
Actor de **TEATRO DEL PUEBLO**

Pascuale Carcavallo hubiera debido estar satisfecho de la vida y de sí mismo después de las mil representaciones del Conventillo de La Paloma. A pesar de lo cual fué laureado por tercera vez; la Municipalidad le devolvió todos los derechos que abonara durante el año teatral. Hay quien afirma que en el decreto correspondiente, el Jurado sugería un homenaje traslaticio: cambiar el nombre de Catedral por el de Vaticano. El Vaticano del Género Chico Nacional. Bien es cierto que el empresario—"directore" del Vaticano es acreedor de este y muchos homenajes más.

Tal cosa no parecía sustentar el "entraîneur" de su "estú", un sujeto fallón y desconsiderado

por las elevadas sutilezas del arte. La yegua Pólvara, muy prieta de carnes y más discola que una actriz nacional, nunca "figuraba en marcador". Don Pascuale Carcavallo, laureado 3 veces por la Municipalidad desechaba la esperanza de ver que su yegua llegase favorita a la meta. Y desconcertado ante el abandono de Talía y los otros dioses, se tomó la cabeza y dijo: "¡Per la madona. Me la están bombeando!".

Esto era cierto y es de buen comprendedor poner a cubierto las modestas ganancias que acrecentara la Municipalidad con su largueza.

Decidió cambiar de cuidador y la yegua de Don Pascuale pasó de las manos de Callejas a revistar bajo la égida del ciudadano Sinfonionio de los Potreros, persona muy comprensiva de estas cosas del arte y de las yeguas. Su comprensión se dice que es muy amplia y alcanza a los amigos: entre estos al señor Angel Barssotti, aficionado ferviente a la radiotelefonía y al teatro. El teatro es un arte como la radio es un invento, al decir del ingeniero Marconi. Claro está que estas cosas han sido rudimentarias en sus comienzos y el tiempo las ha ido perfeccionando.

La perfectabilidad de las cosas humanas es de un complejo muy grande y asombroso. El señor Barssotti, el cuidador de Sinfonionio, así como el empresario-"directore" Carcavallo, deben suponer lo mismo, pues no se asombran

ante la ondulación de las ondas hertzianas, de los aparatos radiotelefónicos, ni de los sainetes mal escritos. En especial el señor Barssotti que ha confeccionado uno con el título de "Hay que cambiar la onda del aparato". El sainete es muy malo y así debe haberlo comprendido el cuidador Sinfonionio, puesto que exigió de Don Pascuale que lo representase en su teatro.

Nos imaginamos que, como cuidador de la Pólvara, de su yegua, las razones fueron inobjetables.

Don Pascuale Carcavallo debió recordar entonces su amor por Talía, su inquebrantable fe de artista "directore" y sus diplomas de laureado por el municipio. Por lo demás el señor Barssotti era autor "novel" y esa es una condición atrayente y simpática.

Bueno, a pesar de las ondas hertzianas, del arte y de la ciencia, de la yegua y del cuidador, estamos de acuerdo con el autor del sainete que se entrenó en el stud nacional: "Hay que cambiarle la onda al aparato", aunque más exigentes que él, lo hubiésemos deseado con dos etapas de amplificación para elevar el tono del engendro hípico. Quizá entonces hubiésemos oído el timbre metálico de una voz que nos dijera:

—Ma non é una cosa seria.

Y todos hubieran entendido, incluso Talía.

aventuras y tribulaciones de un genio en vacaciones



Fuése a pie o en tranvia
Cavilaba todo el día
El genio de utilería.

Hasta que el sueño perdió
Y el pobre ya no durmió
De tanto que meditò.

Pomposamente al final
El genio de utilería
Anunció que salvaría
Al Teatro Nacional.

(Continuaré)

● ●
Primera quincena de
M A Y O

●
M E T R O P O L I S

organizada por
Leonidas Barletta
secretario general
Oscar E. Ares

●
Boedo 837
Teléfono: 45,
cero, seis, ocho, ocho.

●
veinte centavos

● ●
Esta revista de batalla fué
impresa en el antiguo taller
d e

Revendedor en la capital:
Ezequiel Zaragoza López;
para el interior y exterior:
Editorial Victoria



M. Lorenzo Rañó
Boedo 837,
trabajaron en su confección
los obreros tipógrafos José
Carbone y Domingo Rocco,
los maquinistas A. Gangeme
y J. España, los encuaderna-
dores J. Panizzino y A. Coll,
y el linotipista M. García.



EL PIANO DE LOS ARTISTAS

BECHSTEIN

florida

4 3 1

CASA IRIBERRI
IRIBERRI BELLOQUE
C.A.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

<http://www.ahira.com.ar/>